

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
RECTORIA**

**PALABRAS DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO, CON MOTIVO
DEL COLOQUIO SOBRE “DESAFIOS DE LA EDUCACION SUPERIOR CATOLICA”
A CARGO DE MONS. JEAN LOUIS BRUGUES, SECRETARIO
DE LA CONGREGACION PARA LA EDUCACION CATOLICA**

**Salón de Honor
Santiago, 24 de Marzo de 2009**

Señor Gran Canciller,
Señor Secretario de la Congregación para la Educación Católica,
Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad,
Señor Vice Gran Canciller,
Señoras y Señores:

Es motivo de gran alegría para nuestra universidad recibir la grata visita de Monseñor Jean-Louis Bruguès, Secretario de de la Congregación para la Educación Católica, quien se encuentra en Chile invitado por el Capítulo Chileno de Universidades Católicas. Nacido en Bagnères-de-Bigorre, un municipio del Departamento de los Altos Pirineos, en el sur de Francia, famoso por sus aguas termales, Monseñor Bruguès ha tenido una destacada trayectoria de servicio a la Iglesia como prior de la Orden de los Frailes Predicadores (Padres Dominicos), docente de teología moral en el Instituto Católico de Toulouse y en la Universidad de Friburgo, Obispo de Angers y Presidente de la Comisión Doctrinal de la Conferencia Episcopal de Francia y, más recientemente, desde noviembre de 2007, Secretario de la Congregación para la Educación Católica.

Experto en teología moral, es autor de numerosos tratados y ensayos sobre temas relativos a su disciplina, bioética y educación católica: Uno de sus artículos, titulado “La Iglesia y la educación de la conciencia”, está publicado en el número especial, con motivo de su edición N° 50, de la revista “Humanitas”.

En primer término, le agradecemos a Monseñor Bruguès su disposición a dialogar con nuestra comunidad universitaria sobre un tema tan central para nosotros como son los desafíos que encara la educación superior católica.

Su visita es muy oportuna, por cuanto tiene lugar en un momento en el que la sociedad chilena ha adquirido plena conciencia de que su sistema educativo adolece de serias deficiencias y existe un amplio debate sobre las formas de subsanarlas.

La educación superior es parte de esa discusión. Durante los últimos 30 años la oferta educativa universitaria ha crecido considerablemente. Antes de 1980, Chile contaba con 8 universidades. Dos estatales y seis privadas, incluyendo la nuestra y la Universidad Católica de Valparaíso. Hoy existen 59 universidades, dieciséis estatales y 43 privadas, doce de ellas canónicamente católicas y otras de inspiración católica.

La masificación de la educación superior antes descrita ha tenido resultados muy positivos desde el punto de vista de su impacto social. Ha transitado desde una situación de elitismo a una de creciente equidad y participación. En la actualidad, siete de cada diez universitarios chilenos son los primeros miembros de las respectivas familias que acceden a la educación terciaria, y se estima que la proporción continuará aumentando.

Desgraciadamente, la otra cara de esta medalla es un franco deterioro de los estándares académicos, con una alta tasa de la razón estudiantes/profesor, un alto porcentaje de deserción, una baja proporción de docentes con estudios de postgrado y la proliferación de ofertas educativas de dudosa pertinencia. No es de extrañar, entonces, que estén aumentando las denuncias por casos de negligencia o incompetencia profesional, lo que ha movido a algunos sectores, como las escuelas de medicina, y más recientemente las escuelas de derecho, a promover la creación de exámenes nacionales para evaluar los conocimientos de los egresados en estos ámbitos.

Pero tal vez lo más lamentable que está ocurriendo en la educación superior chilena es la creciente pérdida de sentido con respecto a la misión fundamental de la universidad, particularmente, su búsqueda de la verdad y su misión educativa. Esta última ha dejado de ser una propuesta que busca el desarrollo integral de las personas, para limitarse a una mera instrucción y capacitación profesional.

A lo descrito se agregan dos aspectos que quisiera relevar. El primero es la enorme dificultad para sustentar y proyectar una universidad dedicada intensivamente a la investigación y a los estudios

avanzados, como la nuestra, en un país joven, en pleno desarrollo social, económico y cultural, como es Chile. Esto implica, entre otros desafíos, una carencia crónica de recursos económicos, problemas de inequidad social y de acceso a la educación superior, y la preocupación por compensar una baja inversión en ciencia y tecnología y en la formación de doctores.

Por otra parte, nuestro país no ha sido inmune a las corrientes culturales, autodenominadas “progresistas”, que intentan marginar la religión del espacio público y que ven con malos ojos la existencia de universidades católicas, especialmente cuando ellas son prestigiosas e influyentes. En ese marco cultural y político, periódicamente se alzan voces que descalifican a las universidades “confesionales”, tildándolas de instituciones carentes de pluralismo e incapaces de fomentar en sus estudiantes un espíritu crítico y de apertura hacia todas las posiciones éticas y filosóficas. Hace algunas semanas, refiriéndose a este tema, un conocido intelectual afirmó en su columna de opinión que las universidades “confesionales” no eran plenamente universidades, porque –según sus prejuicios- la discusión de ciertos temas estaba vedada.

Nuestra universidad asume estos embates como algo inevitable: estos han estado y estarán presentes en nuestra historia mientras existan adversarios de la Iglesia. Es más, la Universidad Católica de Chile, nació en 1888 como un bastión de libertad académica y lugar de encuentro de la fe y de la razón, durante un período en el que la sociedad chilena estaba fuertemente pensionada por las iniciativas políticas de “los hijos de la ilustración”, una de cuyas metas era entregar al Estado el exclusivo derecho de educar a los ciudadanos.

De cara al futuro, en este contexto nacional complejo y cambiante, y en medio de un escenario más amplio de los enormes cambios culturales que vive el mundo, el desafío de una nueva evangelización cobra especial sentido. También la pregunta por la misión de la educación católica parece adquirir una mayor urgencia. ¿Cuál es el papel de las universidades católicas? ¿Qué espera la Iglesia de ellas?

Durante su inolvidable visita a nuestra Universidad, el Santo Padre Juan Pablo II, nos invitó a mantener en claro los siguientes principios: 1. “La identidad de la fe sin adulteraciones”; 2) “la apertura generosa a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla”; 3) “el discernimiento crítico de esas fuentes conforme a aquella identidad”. Añadió el Santo Padre que: “Sin la identidad inamovible de la fe cristiana, los préstamos exteriores se convierten en fáciles y transitorios sincretismos que el tiempo disipa. Sin la necesaria apertura a esas otras fuentes tan variadas y ricas en nuestra época, el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás. Y sin el indispensable discernimiento crítico, se producen síntesis aparentes, ruinosas, que tanto dañan hoy mismo la conciencia de los fieles”.

Creemos que estos sabios principios continúan teniendo actualidad y plena vigencia.

Más recientemente, en la inauguración del año académico en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, en Roma, el Santo Padre Benedicto XVI, instó a la comunidad universitaria a: “dar vida a una auténtica Universidad católica, que destaque por la calidad de la investigación y la enseñanza y, al mismo tiempo, por la fidelidad al Evangelio y al magisterio de la Iglesia”.

Esta frase nos identifica plenamente, pero quisiéramos conocer su visión de estos temas y, en consecuencia, deseamos abrir un diálogo con Usted, el que, sin duda, nos dará nuevas luces y nuevo aliento en la apasionante tarea de construir un proyecto universitario católico.

Muchas gracias.